

PASADO, IDENTIDAD Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Jorge Bracho*

Resumen

Este artículo presenta una revisión y explicación a las distintas percepciones de la noción Historia, a la investigación historiográfica y su importancia en la construcción de la Identidad Nacional, que descansa sobre dos percepciones : la primordialista, que asume la identidad como un parecer primigenio, anclada en el pasado y que se identifica con el lenguaje, los hábitos, las costumbres y las ciencias. La teoría de la dependencia, que afirma su análisis en el plano económico y su influencia en la apreciación de la cultura. En Venezuela la identidad se caracteriza por un alto grado de sincretismo cultural, donde se combina lo moderno con lo premoderno y lo posmoderno, tanto en lo cultural como en lo económico.

Palabras Claves : Identidad Nacional, Primordialista, Dependencia, Sincretismo.

* Profesor e Investigador en Historia ITP. CELARG.

La noción de historia ha pasado por distintas percepciones con las que se ha pretendido comprender el desenvolvimiento humano. Quizá la más divulgada sea la de que ella se dedica a estudiar el pasado. Aunque se ha transitado de una historia relato (del yo vi - yo sentí), típica de la antigüedad, a una historia de lo humano y sus vivencias vitales, el concepto de historia sigue anclado en el pasado.

Si tomamos en cuenta lo escrito y lo estudiado por algunos historiadores franceses, como Roger Chartier, Georges Duby y Jacques Le Goff, la Historia debe considerarse como la ciencia del cambio y no simplemente el estudio del pasado. Si bien es cierto que la historia se remite a éste, no lo es menos que la génesis de los procesos pasa por el cambio.

La Historia, en este sentido, ha de entenderse como un saber que estudia los procesos de transformación ejecutados por la actividad humana. La Historia es una disciplina científica entroncada con la actividad humana, con el discurso historiográfico y el uso de fuentes documentales que sirven para su reconstrucción. Esta reconstrucción se encuentra supeditada a los valores propios de quien intenta reconstruir lo acaecido.

La historiografía y la discursiva historiográfica se han venido realizando en oposición al presente y sus representaciones. La historia, como es tradición, se ha

convertido en un saber fundamental para la identidad nacional. El saber difundido, desde la perspectiva histórica, se asocia con el enaltecimiento de algunos grupos sociales en detrimento de otros. Lo que se denomina historia oficial encuentra trabazón con la defensa de héroes, individuos o actores y la exclusión de otros, considerados menores.

Lo identitario descansa sobre dos concepciones que le dan vida. La primordialista, que asume la identidad como un parecer primigenio, anclada en el pasado. En éste se proyectan las experiencias que dieron origen a lo nacional y que van desde los aportes aborígenes, africanos e ibéricos a nuestra cultura. La concepción primordialista de la identidad se identifica así con valores, hábitos y costumbres más que en la mixtura étnico-racial. En los programas de la Escuela Básica actual, estas representaciones, basadas en la concepción primordialista, son las preeminentes.

Al lado de estas representaciones se encuentran los símbolos y los héroes emancipatorios. La mujer, el indio y el negro asoman su participación en la conformación nacional solo con un carácter excepcional. En este sentido, podría señalarse el caso del negro junto con la mujer, la negra Matea, o la difusa representación del Negro Primero, que al buscar su origen, podría pensarse que su participación en las luchas por la independencia, se encuentra en el lugar que se le asignaba en las batallas. El primer lugar, no como comandante de fuerzas, sino como carne de cañón.

“Parecerse a” , se nos ocurre, es la presencia primordialista de la identidad. El temor ante lo nuevo e inéditas representaciones fungen cual óbice para una visión de la identidad cambiante. No es asumir las influencias externas pasivamente. De lo que se trata es de percibir los espacios de la realidad como desenvolvimiento cambiante. Buscar el refuerzo de la identidad a través de valores tradicionalistas no debería ser pábulo de la negación de las nuevas cosas, movimientos y expresiones que alimentan la cultura.

Dentro de lo que los culturalistas han denominado campo académico, continúa un proceder signado por el vanguardismo. El cálculo político y el control de lo que se cree apropiado para la juventud caracterizan este vanguardismo. Mientras los valores juveniles y el nuevo proceder intrínseco se aprecian como negadores de lo nacional, parte fundamental de una mundividencia que todavía lucha por su hegemonía.

Para nadie es un secreto que lo nacional es una construcción ideal, donde subyacen lo que es y lo que no es. Lo nacional se construye con la diferencia y con la semejanza. La primera se asume con la comparación, la segunda con la afirmación. La discursiva histórica general se afianza a través de ésta, siendo lo ciudadano sinónimo de lo moderno. Con una clara pretensión hegemónica se obvian aspectos propios de cada región o localidad. El mismo caso, se podría argüir, se presenta con el enaltecimiento de El Libertador ante Páez o Piar.

En un reciente trabajo, elaborado desde la perspectiva del testimonio oral, la antropóloga Yolanda Salas demuestra como en el ideario popular guayanés, Piar es una figura señera dentro de la conciencia popular guayanesa. Esto nos induce a pensar que la pretendida homogeneidad, con la cual se ha teñido el concepto de identidad en los programas educativos venezolanos, deviene en una aporía.

No se trata de buscar culpables, pero sí discutir razones o no del por qué se cree en una identidad en vías de desaparición. De lo que se trata es de asumir lo identitario desde el punto de vista situacionista y desde una perspectiva dinámica.

Creemos que la identidad es una representación que se construye al lado de un proyecto nacional, con un claro matiz clasista, donde caben hábitos, costumbres y cultura tanto primigenia, tradicional, como lo inédito que aparece con las nuevas mediaciones finiseculares. La crisis educativa tiene que ver con el desplazamiento ante la **mediación masmediática**. Los medios de comunicación masiva parecen responder “positivamente” a las expectativas juveniles.

Los tiempos actuales, que algunos llaman posmodernos, señalan el declive de las organizaciones políticas y juveniles marcados por una prognosis transformadora. Es posible señalar con dedo acusador, el movimiento rockero argentino como una modalidad de intervencionismo yanqui, dejando a un lado el papel que

cumplieron, como canalizadores de expectativas juveniles, en las aciagas horas de la dictadura. Lo mismo cabría decir de los movimientos religiosos, de origen protestante, hoy presentes en Venezuela.

Si el joven se aleja de la escuela o la asume con desdén, es porque ella no ofrece respuestas a grupos desarticulados familiar y socialmente. En un afán y un anhelo de control los grupos letrados, intelectuales o élites políticas buscan abrir un espectro que pueda hacer atractivo el estudio de los orígenes, que es como se lee la historia en Venezuela.

La vida es un cuento que si es bien hilvanado interesa al niño y al joven. Un mal digerido marxismo y una aplicación salvaje del funcional-estructuralismo, intentó hacer de la historia una mera disciplina factual y de verificación empírica. La historia y su construcción, es análisis, y narración. Son éstos los procesos que deben guiar la enseñanza de la historia, sin olvidar el análisis, la erudición y el respeto a las fuentes de información.

En este sentido, la historia, así como el discurso literario, son narrativas. Pero, con la particularidad de que la historia nutre su reconstrucción con el documento -no sólo escrito- y el novelista con la ficción. Aunque la novela, con su juego ficción-realidad puede rescatar la memoria, la historia continúa apareciendo cual mecanismo de rescate de lo sucedido y acaecido.

Es indispensable encontrar puntos de coincidencia entre lo literario y lo documental. El sentido que adquieren ambas vertientes del saber se asocian con las ciencias sociales. No es descartable el trabajo con el discurso literario, cuando su construcción se basa en la revisión documental. Sendas novelas así lo refrendan, Maluco, de Baccino Ponce de León, y Doña Inés contra el Olvido, de Ana Teresa Torres. Esta última se basa en hechos reales acerca de un litigio territorial en tierras barloventeñas venezolanas; y la primera, en las vicisitudes de los viajeros del siglo XVI a las Islas Malucas en Indonesia.

Lo identitario es una presencia fundamental en la narrativa latinoamericana. Se podría decir que la modernidad latinoamérica se define a través de la búsqueda de una identidad, donde lo étnico-racial aparece como el protagonista principal. Lo que sucede, y ha sucedido, con la discursiva que ha intentado fraguar una imagen de la identidad es que se ha debatido entre los logros y las carencias. Siempre bajo el manto de la visión espejo, peculiaridad de nuestro desenvolvimiento.

Cuando escuchamos disertaciones acerca de la identidad, parece que se escondiera, y no se reconociera, que nuestra conformación como país es parte de un desarrollo extravertido donde se encuentra en juego lo interno con lo externo, y que este último aparece en grado mayoritario frente al desenvolvimiento interno. Con la dependentología se ha intentado explicar nuestro desenvolvimiento como mera expresión mimética.

La teoría de la dependencia, hechura de Latinoamérica, sirvió de comprensión económica para sociedades que buscaban caminos de independencia y autonomía. No obstante, dejó un sesgo de análisis unívoco y la presencia de una actitud frente a lo externo como una realidad enemiga y mera presencia expoliadora.

La dependentología no sólo afincó su análisis en el plano económico, también dejó su influencia en la apreciación de la cultura, con una suerte determinista. Se propaló un axioma: dependencia económica dependencia mental y cultural. La aplicación lógica de esto estriba en la creencia ciega de que la materia determina la idea. El maniqueísmo encontró asidero en el análisis de la televisión, a la que aún se adjudican muchos de nuestros males.

La alienación emergió como efecto de unas torcidas mentes que sólo ansían el dominio de los desposeídos. Estudios recientes, como los de Edgar Morin, señalan que, además del espacio económico y el cultural, se encuentra el de las ideas. Con esto no se asume un nuevo idealismo, sino el mundo de las ideas como un espacio con regularidades propias y su interrelación constante con la cultura, a la que alimenta, al mismo tiempo que se alimenta de ella.

Está hartado demostrado que las nuevas mediaciones sociales no difuminan radicalmente las expresiones

culturales de un pueblo. Así lo demuestra el caso japonés, mexicano y de algunos países árabes, donde se ha asumido la modernización al estilo occidental sin la necesaria eliminación de sus valores tradicionales.

El problema estriba, así lo creemos, en la asunción, por un lado, de la historia como simple pasado, y por otro, de la identidad desde un punto de vista ideológico, centrado en la idolatría de los héroes y los símbolos patrios. En Venezuela, así como en el resto de Latinoamérica, la modernidad ha arrastrado consigo la negación del otro, a saber: el negro, el indio, el pagano, la mujer, el campesino. Conjuntamente con esta negación surgió nuestra nacionalidad, con claros rasgos excluyentes en los procesos de modernización, a los que se suman en la actualidad el marginal urbano y todo lo que no represente el desenvolvimiento urbano/industrial.

El trato acerca de la identidad debería dirigirse hacia la asunción de nuestra cultura como mixtura étnico-racial. Del mismo modo, la historia, dentro de la modernidad, debería asumirse como un tiempo nuevo que contiene diversos tiempos. Así, nos alejaríamos de la visión que sustenta la linealidad del tiempo histórico. Con la linealidad histórica se ha propalado la idea de la superioridad cultural. En fin, la orientación sería incluir los elementos negados por la modernidad secular.

Toda identidad representa un proceso donde confluyen sujetos de variadas culturas que coexisten en

distintos tiempos históricos. Venezuela se caracteriza por un alto grado de sincretismo cultural, donde se combina lo moderno con lo premoderno y lo posmoderno, tanto cultural como económicamente. Contrariamente, la interpretación de nuestra historia moderna se ha focalizado en la “occidentalización exhaustiva”. Con esto se ha dado la espalda a un elemento que nos identifica como lo es la diversidad cultural dentro de una sociedad dividida.

La relación conflictiva con el otro se remonta a los procesos de colonización, conquista y evangelización. Relación justificada a través de la división binaria del mundo -civilizados/no civilizados-. La discursiva positivista basó sus estudios en la relación conflictiva con el otro y la división binaria del mundo. Esta discursiva tuvo como pábulo la herencia racial y la creencia ciega de la superioridad de unos pueblos ante otros. La identidad asumida desde esta perspectiva señala mas las carencias que los logros, que se constituyó en una mundividencia justificadora de la exclusión teórica de algunos temas frente a otros.

Sin embargo, lo identitario ha venido adquiriendo otra connotación, amén de nuevas vertientes historiográficas basadas en las consideraciones específicas y particulares regionales. Con la historia regional y local las especificidades de cada región se destacan ante las propensiones homogeneizadoras de las historias generales. Lo inmediato pasa a ocupar lugar relevante en la identificación territorial y cultural.

En este orden, si la identidad y su correlato constructivo se basa en el respeto de las polícromas creencias populares, así como el rescate de los valores locales, vamos por buen camino. En cambio, si asumimos la identidad cual sinonimia de lo primigenio, ocultando las nuevas concreciones, nos anclamos en un sentido primordialista de ella. El lenguaje, los hábitos, las costumbres, las creencias y los vínculos territoriales son tópicos básicos de la identidad. Ellos cambian, se movilizan, también sufren la hibridación y la somatización con lo nuevo y las influencias externas. La modernidad nos muestra que el cálculo, la exclusión y las prohibiciones impiden el crecimiento personal y colectivo.

Las propuestas que se vienen realizando, durante este período gubernamental, iniciado en 1993, se aproximan a una visión historiográfica más cercana con las experiencias vitales inmediatas. Así tenemos que para el 1er grado de Educación Básica, el objetivo fundamental es iniciar al educando, en la noción de tiempo histórico como medio de identificación con su comunidad. La iniciación en el concepto de tiempo histórico se propone a través de la reconstrucción de la historia familiar y personal.

Otros procedimientos que se proponen son el reconocimiento del pasado, desde la búsqueda de información acerca del pasado próximo, la observación directa, la lectura y la representación de “Bolívar niño”. Las propuestas para cada grado reciben el nombre de bloques,

siendo para este primer grado denominado: “Huellas Significativas”, ,lo que antes podía leerse como historia.

Para el segundo grado, en el bloque: “El espacio geográfico” se propone fomentar el interés hacia el estudio de la realidad social para el afianzamiento de la identidad nacional. Este parece ser el objetivo global del grado, puesto que se busca, por medio de otro bloque, el fortalecimiento de la identidad personal y familiar. En este grado se intenta afianzar la noción de espacio geográfico, los usos espaciales y los elementos que le dan forma.

La proposición básica de lo que se denomina “Huellas significativas” es la del trabajo con las experiencias acumuladas por el educando y el conocimiento de lo inmediato, para así acceder a escalar mayores en torno a lo regional, nacional, continental y mundial.

Las nuevas propuestas, con las que se busca alimentar los programas de enseñanza básica, tienen un claro matiz constructorista. Muchos maestros y profesores han asumido la metodología regional y local para la enseñanza de la historia. Sólo falta que el Ministerio de Educación la proponga en sus elaboraciones programáticas. De ser así estaríamos frente a una democratización, gracias al conocimiento de los valores y proceder inmediato y al papel de las regiones en la construcción nacional .

BIBLIOGRAFIA

- AISEMBERG, Beatriz y ALDEROQUI, Silvia. (Compiladoras). (1994). **Didáctica de las Ciencias Sociales**. Aportes y reflexiones. Buenos Aires. Edit. Paidós.
- ARENAS, Nelly (1997). "Globalización e identidad latinoamericana". **Nueva Sociedad**. Caracas. Enero-febrero, (147) : 120-131.
- CALDERÓN, Fernando et.al. (1996). **Esa esquivia modernidad**. Desarrollo, cultura y ciudadanía en América Latina y el Caribe. Caracas. Nueva Sociedad.
- CARRETERO, Mario (1995). **Construir y enseñar**. Las ciencias sociales y la historia. Argentina. Aique Grupo Editor.
- CHARTIER, Roger (1992). **El mundo como representación**. Historia Cultural: Entre práctica y representación. Barcelona-España. Editorial Gedisa.
- FERRO, Marc (1995). **Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero**. México. FCE.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (compilador). (1995). **Cultura y pospolítica**. El deber sobre la modernidad en América Latina. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

LE GOFF, Jacques. (1991). **Pensar la historia**. Modernidad, presente, progreso. Buenos Aires. Paidós.

LUC, Jean-Noel. (1981). **La enseñanza de la historia a través del medio**. Madrid. Editorial Cincel-Kapelusz.

MORIN, Edgar. (1992). **El método**. Las ideas. Su hábitat, su vida, sus costumbres, su organización. Madrid. Ediciones Cátedra.

ORTIZ, Renato (1995). "Cultura, modernidad e identidades". **Nueva Sociedad**. Caracas. Mayo-junio, (137) : 17-23.

SALAS, Yolanda. (1995). "Una biografía de los "espíritus" para la construcción de una historia popular de la cultura". Caracas. CELARG. (Conferencia).